

Tres décadas de 'paz por paz'

Itziar Aspuru y 'Jesus' Herrero, miembros fundadores de Gesto por la Paz en 1986, repasan los inicios, la evolución y el final de la pionera movilización contra ETA

LEYRE IGLESIAS / Bilbao

Itziar Aspuru (Bilbao, 1965) y Jesus Herrero (Bilbao, 1966) trabajan en un centro tecnológico. No han sido víctimas de ETA ni dirigentes políticos, sino dos rostros clásicos de Gesto por la Paz de Euskal Herria, la coordinadora que nació para organizar el rechazo de la sociedad vasca a quien derramaba sangre en su nombre, y que ayer celebró su última asamblea para certificar su cierre porque, tras el «cese definitivo» que ETA anunció en octubre de 2011, han cumplido con su objetivo.

Tenían 20 años cuando, en la Euskadi convulsa de mediados de los 80 participaron en la creación de una plataforma sin la que no se entendería la historia reciente del País Vasco. Ella estudiaba Físicas en la Universidad del País Vasco; él Informática en Deusto. Los dos sintieron una misma necesidad: mientras los atentados de ETA —y también los GAL— se hacían cotidianos, era urgente articular un rechazo cívico a la violencia. Derribar los muros del miedo, la indiferencia y las dudas de quienes habían combatido al franquismo y simpatizado con la banda, y hacer visible en los barrios, centros de trabajo y escuelas que los muertos no eran uniformes.

Implicada en Jóvenes de Acción Católica (JAC), Itziar Aspuru empezó a acudir a los actos contra los asesinatos casi semanales en la Plaza Circular de Bilbao. Los organizaba Itaka, del colegio Escolapios, uno de los seis grupos que conformarían el núcleo de la coordinadora y el primero en concentrarse con continuidad, después de cada muerte y desde el planteamiento ético de que ninguna tenía sentido. «Nos pusimos el reto de llevar esa concentración a nuestro barrio, el Casco Viejo», cuenta. También organizó otro grupo en la Universidad pública. Era el año 86.

Herrero hizo lo mismo en el barrio bilbaíno de San Ignacio, con un primer lema: *Ya nos vale de indiferencia*. Lo recuerda: fue el 12 de diciembre de 1987, un día después de que ETA matara a 11 personas, entre ellas 5 niñas, en la casa cuartel de Zaragoza. La mejor fórmula era hacerlo delante de sus vecinos. «No buscábamos el gran acto mediático con fotos y cámaras, sino la implicación personal. Que tu vecino te viera ahí...». Acudieron más de cien personas a través del boca a boca y los carteles en farolas y paredes.

—¿Qué le pasaba por la cabeza detrás de la pancarta?

—A todos los que hemos estado detrás de la pancarta se nos han quedado grabadas las miradas de los que pasaban por delante por su diferente reacción: ver al que se sumaba, al que te esquivaba, al que



'Jesus' Herrero e Itziar Aspuru, dos de los fundadores de Gesto, posan junto al emblema de la Coordinadora. / ARABA PRESS

todavía no quería verlo y hacía como si no lo hubiera visto.

Se mantenían allí, en silencio. Era la segunda clave. Localismo y silencio. «Asumíamos que los que estábamos ahí éramos diferentes, podíamos tener ideologías políticas diferentes. La unidad en el silencio, desde el ámbito prepartidista, era y ha sido fundamental en Gesto», añade Herrero.

Siempre con mensajes que no sobrepasaran el «mínimo denominador común» para asegurarse la pluralidad de la respuesta cívica, las técnicas organizativas fueron depurándose a medida que los gestos se repetían y la coordinadora se extendía hasta aglutinar a 200 grupos locales y tener a un millar de personas a su alrededor.

«Los medios de comunicación no anunciaban tanto las horas de las concentraciones», relata Aspuru, «así que tirábamos de una lista telefónica de personas comprometidas para asegurarnos de que al día siguiente de un asesinato nos íbamos a reunir un número suficiente, de que el encargado de llevar la pancarta se acordaría, de que todos responderíamos con silencio a las provocaciones, que las hubo...».

VIOLENCIA Y «TIBIEZA»

—¿Cómo eran aquellas contramane-

festaciones?
—Se iniciaron con los secuestros de [José María] Aldaya —cuenta Herrero—. Nos reuníamos todos los lunes mientras continuara el secuestro. En aquel momento, el en-

torno de Gestoras [Pro Amnistía] se dedicó a hacer concentraciones en los mismos sitios y a la misma hora que nosotros.

Fueron momentos duros para los creadores del famoso lazo azul. Uno de los peores, dice Aspuru, ocurrió cuando rechazaron el asesinato del dirigente de HB Josu Muguruza. «Hicimos una concentración silenciosa y fue muy criticada por parte de la izquierda abertzale». También les «reventaron» el acto de solidaridad con las víctimas de los GAL que celebraron en Hendaya. «Primero intentaron negar que hubiera una protesta ciudadana contra ETA, y cuando Gesto se solidarizó con atentados de los GAL, ya si que no les encajaba. La dinámica de los dos bandos quedaba rota».

Gesto por la Paz se ha distinguido por un discurso de trazo fino y difícil titular. Siempre ha condenado a ETA, igual que los asesinatos a manos de los GAL y las actuaciones desproporcionadas de las fuerzas del orden en su lucha contra el terrorismo, pero rechazando cualquier tipo de equiparación entre unos y otros. Matiz imprescindible. También es clásica su petición del acercamiento de los presos por motivos humanitarios y para favorecer su reinserción. Así que sus mensajes no siempre han sido comprendidos.

Estuvo políticamente cómodo en los años de unidad política contra ETA del Pacto de Ajuria Enea. En 1993 llegó a recibir el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Pero sufrió críticas reiteradas de los movimientos abiertamente antinacionalistas como ¡Basta Ya! y Foro Ermua en los años del acuerdo entre nacionalistas y ETA, el Pacto de Estella, tras el salvaje secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco.

«Gesto siempre ha defendido la separación de violencia y política», defiende Jesus Herrero. «Siempre decíamos que aquí podía haber conflictos, que en esta sociedad plural los hay como en otras, pero que eso no lleva necesariamente a una justificación de la violencia. Aquellos movimientos decían que había que ir más allá: que además de ese rechazo a la violencia había que rechazar determinadas ideologías políticas, y no compartíamos esa visión».

«No sólo era un mensaje político, sino que se estaba llevando a los sentimientos», lamenta su compañera. «Nos parecía preocupante que la sociedad creyera que convecinos no sintieran el dolor de la gente amenazada por ETA, que no había

interés en que esto finalizara y que a partir de ahí se plantearan movimientos de inmovilismo». Les pareció «injusto» y les «dolió» que les acusaran de tibieza e incluso de equidistancia, añade Herrero. «Pero nos mantuvimos en nuestro sitio».

EL FINAL: PAZ POR PAZ

Y si en un lado estaba ¡Basta Ya!, que pedía una denuncia también del nacionalismo moderado, en el otro extremo surgieron Elkarrri y después Lokarri, que reclamaban «un paso más, implicándose en lo que podía ser la solución del conflicto», dice Herrero. Pero lo que propugnaban las organizaciones procedentes del entorno del MLNV no ha sucedido.

Sigue en página 9

